

JUICIO SATÍRICO QUE LEYÓ DON JOSÉ ANTONIO PORCÉL DE SU PROPIA OBRA,
EL ADÓNIS, EN LA ACADEMIA DEL BUEN GUSTO.

(Finge el autor que Bartolomé Leonardo de Argensola pronuncia el juicio ante una academia fantástica de poetas difuntos, de la cual era presidente *Garcilaso*, secretario *Lope de Vega*, y portero *Rengifo*.)

«De *El Adónis*, poema en églogas venatorias, cuyo autor se llama aquí *el Caballero de los Jabalies*, conocido por este nombre en su academia del Trípodé de Granada, y por el de *el Aventurero* en la del Buen Gusto, en Madrid, se me ha cometido la crítica; confieso que me lastimó sólo el título de *églogas venatorias*, porque hasta ahora no se ha dado este género de drama, ni se puede dar; pues, como él mismo confiesa en su prólogo con la autoridad de Scaligero, es incompatible con el sosiego para el canto la fatiga de un cazador; pero, llevado tal vez de la ambición de señalarse con la novedad, atropelló por la misma razón que conocía, y cargó la culpa á su academia, que así se lo mandaba; sin embargo, como las piscatorias no son ménos extrañas que las venatorias, y hubo un Sanazaro que emprendiese aquellas (aunque se disputa si con felicidad), concebí esperanzas de que nuestro *Aventurero* imitase á lo ménos en lo problemático del acierto, como en el arrojito, al Sanazaro Feadamenos. Dignamente se intituló *el Caballero de los Jabalies*, como don Quijote *el de los Leones*, para ser el Quijote de los poetas, pues en él hallamos el juicio desconcertado y la imaginación desarreglada que en aquel manchego puso el señor Cervantes.

«La obra es una quiscosa, un monstruo, un Proteo poético, que por cada aspecto tiene distinta figura, sin combinación y sin tino. Si la consideramos égloga, la hinchazón del estilo, las continuas metáforas y las transposiciones insufribles destruyen esta consideración. Es de admirar la satisfacción con que principia en las cuatro églogas la narración de la fábula de Adónis en boca de Anaxarte; siendo doctrina sentada que todo principio de poema ha de ser sencillo, y se ha de ir elevando progresivamente (y aún esta elevación progresiva de ningún modo se permite en la égloga, si ya no se introduce sujeto competente, como el *Sileno* de Virgilio), empieza la primera con una descripción de Chipre, pomposa y altisonante, para decir después que allí vivía Adónis y se entretenía en la caza. A la segunda da principio con otra descripción de las selvas del mismo Chipre, tan cansada como redundante. A la tercera, con la pintura del río Lico y sus riberas, tan impertinente como las demás. A la cuarta, finalmente, con la de la noche, que empieza, aunque afectada, más regular, pero después, queriendo imitar la célebre del gran poeta, se hace fastidioso y vulgar.

«Si se mira el poema como venatorio, de nada tiene ménos; toda la cacería se reduce á las ninfas sentadas junto á las redes, aguardando allí las batidas fieras; pero las de Chipre sin duda eran alimañas muy advertidas (serían zorras las más), y los sabuesos tan amigos del descanso, que se vuelven las redes sanas, los perros satisfechos de dormir, las fieras se quedan en pacífica posesión de sus grutas, y solamente las cazadoras fatigadas, más que del cuerpo, de la cabeza (en especial la Anaxarte), por haberse estado una tarde entera hablando del cuento de Adónis. Yo creo que con más justicia pudo el Guarini haber llamado á su *Pastor Fido* poema venatorio, por aquel Silvio que apenas deja los bosques, ni piensa en otra cosa que en su Melampo.

«Da á entender el autor que ha dado en las églogas un poema trágico, separado de las introducciones de las ninfas; esto es, sin el drama. ¡Este es mayor monstruo! ¿Cuántas cosas quiere que sea este parto, que no lo acabamos de fijar en especie alguna del mundo poético? Pero sea poema trágico, y ¿qué tal? Como las pinturas antiguas, sin movimiento. Lo preciso para que logre alguno juntarlo con el drama de las ninfas, y entonces resulta, ó que la fábula del Adónis entra por episodio, y episodio seis veces mayor que el argumento, ó que sean cuatro acciones. ¿Qué le parece á la Academia? Aun hay más: que toda la obra es una fábula milesia; porque, ¿qué instrucción resulta de todo su fárrago? Que *No hay amor en las selvas con ventura*; digna verdad, y utilísima, para dejar el vicio como se estaba, pero hermoso título para una comedia de las muchachas que hoy nos refieren que ocupan lastimosamente los teatros.»

Aquí llegaba el señor Argensola, cuando yo, atónito con lo que me estaba sucediendo, quería salirme, temeroso de que me dieran las bofetadas que á Cherilo, y me arrojasen de la sala con ignominia; pero el Ariosto, riéndose de mis sustos, «Sosiégate, me dijo, y escucha; que ya ten-

drás qué agradecerme.» Proseguía mi rígido fiscal, cuando el Presidente, notando que se dilataba, ó que censuraba poco benigno, le interrumpió, diciendo: «Basta, basta; que hay otras muchas obras que ver; diga ahora el que quisiere defender al impugnado.» Levantóse entonces Gerardo Lobo y dijo: «Yo hiciera por defenderlo; pero, como quiera que está presente, y que aunque, por ser mortal, no se le permite que hable aquí, no se le quita el que escuche, y no me atrevo al riesgo de no llenar su expectación, y más cuando creo que él está hecho cargo de todas esas objeciones, que no piensa indisolubles. — Pues suspéndase por ahora (dijo Garcilaso) el decidir del mérito de su obra.»

POESÍAS.

EL ADÓNIS,

EN CUATRO ÉGLOGAS VENATORIAS.

AL LECTOR BENÉVOLO.

Si estuviere cierto que este poema se había de quedar en las manos de los amigos entre quienes se ha escrito, ocioso fuera mi prólogo; porque á cada uno de ellos les sobra erudición para la poca que contiene esta obrilla, y hechos á favorecer mis producciones, perdonarán sin mi disculpa los yerros. Mas, como incidentalmente (aunque no lo vulgarice la prensa) puede desligarse á manos de quien no tenga en mi favor aquellos antecedentes, me parece oportuno preocupar su atención con algunas advertencias. Sea la primera decir la ocasión de esta obra.

El señor Conde de Torrepalma, en quien la más ilustre nobleza y la más culta erudición igualmente han competido una admirable concordia, instituyó en sus casas, á las riberas del Dauro (banda de cristal que se ciñe la amenísima ciudad de Granada, mi patria), una academia, donde congregados algunos jóvenes hábiles, llevaban en bellos poemas logrados los ocios que permitían las tareas de más serias facultades. Por haberse en su principio congregado sólo tres individuos, se llamó, y aún se llama, la *Academia del Trípodé*, y para más chistoso sainete de la decente diversión, al estilo de las caballerías antiguas, las casas del señor Conde, donde nos congregábamos, se llamaron *el castillo de las Mutaciones*, y dejó cada académico su nombre por uno al estilo de los de aquellos caballeros andantes, por lo que á mí me dió la suerte el de *Caballero de la Floresta*, que, en atención á la presente obra, mudé por el de *los Jabalies*, bajo el cual soy autor de estas églogas.

Al principio de cada mes se celebraba la academia, presidida de su presidente, fiscal y secretario, los que, abriéndola con sus oraciones correspondientes, presentaba por su orden cada individuo su poema. Este se criticaba, quedando el autor elogiado en lo que merecía, y corregido en lo que di-

sonaba. Ventilábanse siempre puntos de no vulgar erudición, pues la variedad de materias que de los no comunes asuntos se deducía, abría la puerta al vasto país de todas facultades; de esta suerte se interesaba, no sólo el bello manejo y pureza del idioma (que era el principal y formal objeto), sino la habilitación para más altas especulaciones (1).

(1) A estas noticias relativas á la *Academia del Trípodé*, de Granada, podemos añadir las siguientes, que han sido comunicadas al Colector por disposición de su ilustre y bondadoso amigo, el señor Duque de Gor (descendiente del Conde de Torrepalma), que conserva en su biblioteca de Granada algunas de las actas originales de aquella célebre academia.

A mediados del siglo anterior, por los años de 1740 á 1750, se celebraba en Granada una reunión literaria, llamada *Academia del Trípodé*, á la que concurrían algunos poetas granadinos, y sostenía correspondencia con otros residentes en varias ciudades. Se reunía generalmente en jueves, ya en casa del Conde de Torrepalma, donde fué fundada, ya en la de don Rodrigo Velázquez de Carvajal ó en las de otros socios. Por algunas actas que se conservan manuscritas, puede formarse juicio de la organización de la academia y del método de sus tareas.

Había un presidente, un secretario y un fiscal, elegidos por los socios. Estos se reunían para elegir los asuntos ó temas de las composiciones que repartían entre los socios, los cuales debían leer las poesías en la sesión siguiente. El fiscal las recogía para hacer el juicio crítico de todas ellas, y después de censuradas, el secretario proclamaba el nombre del que había obtenido el premio de honor.

Los asuntos eran, ya serios, ya festivos, y solían señalar el número de versos ó de estrofas que había de tener cada composición.

Los socios tomaban seudónimos caballerescos, como los de *Caballero de la Verde Espada*, *Caballero de la Lengua Andanza*, *Caballero de la Cuita*, *Caballero de la Peña Devota*, *Caballero Acóñito*, etc.; lo cual hace que sea difícil de averiguar el verdadero nombre de cada uno por las firmas de sus composiciones; sin embargo, el fiscal, en sus calificaciones, los designaba algunas veces por su nombre verdadero.

Los temas ó asuntos de academia eran la mayor parte serios y de carácter heroico ó religioso, pero además se leían las demás poesías que llevaban los socios, y eran también censuradas por el fiscal, recibiendo otros premios, si lo merecían.

También eran leídas las composiciones de los correspondientes, á los que el secretario participaba la calificación que habían obtenido.

A esta Academia acudía la ciudad de Granada, para la composición de las loas, entremeses, autos y poesías que se acostumbraba leer en algunas fiestas religiosas y civiles.

En una, pues, de estas academias se me dió por asunto la fábula de *Adónis*, en églogas venatorias.

Más de lo que pareció entonces, fué difícil mi empeño, pues fué haber de penetrar un camino hasta ahora de otro no inculcado. Eglogas pastoriles, muchas; piscatorias, aunque pocas, se hallaban en nuestros poetas españoles; pero venatorias, en ninguno (1), á lo ménos que yo tenga vistos, como Garcilaso, Cámoens, Esquilache, Herrera y otros autores bucólicos. Verdad es que la segunda égloga de Garcilaso trae algo venatorio, pero accesoriamente, porque en lo principal es pastoril. De los latinos no tengo noticia de otro que de Sanazaro (que son piscatorias). Natalis Comes (Noel Conti) escribió *De Venatione*, pero no en estilo dramático.

Y lo más cierto es, que no admite la poética drama venatorio; y así justamente lo excluye Julio César Scaligero, porque se avienen mal la fatiga de seguir las fieras y el sosiego para el canto. *Venatores quidem* (dice aquel desenfadado crítico), *quia sunt in motu minus ad verba propensi sunt* (2) *quia nec quam faustum putamus in venatu loqui, necdum ut cantus aptus iudicetur*. El pastor si que, recostado á la sombra de una haya, mientras que paca su ganado, con inalterable quietud maneja su albugue y hace resonar la selva.

No hallé, en fin, otro medio que suponer á los cazadores aguardando las fieras junto á las redes. Así Plinio el menor, libro v, epístola 6.^a, *ad retia sedebam*; y Sanazaro, aunque piscatorio, citado y emmendado por Scaligero,

Præcipitem lenta expectans ad retia Tymnum.

Aun desta suerte no se aquieta el escrúpulo, pues el canto puede ahuyentar las fieras, á no ser el de Orfeo, que las atraía. Sin embargo, como quiera que pude, me fué preciso obedecer la Academia, con la confianza de que para el yerro llevo anticipada la disculpa de haber caminado por donde no he hallado huella.

Sólo te pido, oh lector, no extrañes las prolijas narraciones con que una de las ninfas extiende la fábula de Adónis, pues si debe aplaudirse é imitarse el ejemplar de Garcilaso, lo tengo en su segunda égloga, donde Nemoroso, con la prosopopeya del río Tórmes, describe (con bien prolijo discurso) las hazañas del Duque de Alba.

A alguno parecerá que el estilo no es bucólico ó de égloga, especialmente en la narración del Adónis, llena de frases figuradas y algunas elevaciones del númen; pero debe advertir que si en lo bucólico obliga la ley á que las personas que se introducen en la égloga hablen sencillamente, es por suponerse que los tales interlocutores son pastores, de quienes fuera impropio é inverosímil otro estilo; pero siendo égloga venatoria, y los que hablan

(1) Véase lo que se dice acerca de esto en el *Bosquejo histórico* que precede á esta colección.

(2) Scaligero (*Poética*, lib. v, cap. iv.)

cazadores, que pueden ser, no meramente hombres del campo, sino áun reyes, príncipes y otras personas instruidas, no es impropia la erudición ni frase elevada. Precaviendo esto, al introducir las ninfas digo:

Las dos envidia bella de Helicón;

suponiéndolas instruidas y eruditas, para que no se extrañe su estilo, no olvidando por esto el que en cuanto puedan hablen como en el campo, y que las comparaciones sean traídas de las mismas cosas de la caza; y así creo que, con no menor motivo que Góngora de la suya, podré yo de la mía decir que es

Culta sí, aunque bucólica, Talía.

He procurado imitar los mejores poetas latinos y castellanos; de éstos, á Garcilaso, y en especial al incomparable cordobés don Luis de Góngora (delicias de los entendimientos no vulgares), de quien te confieso hallarás algunos rasgos de luz, que ilustren las sombras de mi poema. Si me censurares, respóndate el gran poeta, copiando muchas veces, más que imitando, á Homero.

Si consideras la narración de la fábula del Adónis separada de las introducciones y sucesos de las dos ninfas Anaxarte y Prócris, advertirás que procuré formar un poema trágico, con todas sus partes, y de este modo lo separas. Unirás muy bien los tres argumentos, si contemplas que toda la obra se dirige á persuadir que

No hay amor en las selvas con ventura.

A cuya conclusión sirven como de argumentos *ab exemplo* todas las fábulas; las más que me sirve la mitología, otras que yo invento ó aplico, como la Pirene, sus celos, su carro, su viaje á Tracia; la del sátiro convertido en piedra y fuente del desengaño, y las esparcidas por la mitología, ajustadas y conexas con la de Adónis. No ha sido éste el menor trabajo. Si fueres escrupuloso en la imposible cronología de las fábulas, acuérdate del célebre anacronismo de Virgilio contra la verdad de la historia de la Reina de Cartago, y disculparás el que yo lo cometa repetido en una fábula.

Llamo al poema *bucólico* por darle en églogas, y *dramático*, que, además del diálogo que constituye la égloga, dice *acto*, *representación*, que efectivamente se verifica, en especial en la cuarta égloga. Si te parece que se excluyen, vuelvo á remitirte á la segunda de Garcilaso, que es égloga y es drama, como lo advierte y vindica Herrera, en sus notas al mismo. Léelas, y depondrás en mi favor algun otro escrúpulo.

Si me fuera lícito comentarme (algunos se han tomado esta licencia), quitada la grosera corteza de las fábulas, te descubriera no pocas verdades morales, y áun teológicas; pero si

*Obletant adopena etiam misteria mentem,
Ultrò obceptorum vitium est præteritum.*

(S. Prosper., epig. 51)

tenga en buen hora el entendimiento del que lea la delicia de encontrarlas; sólo prevendré que en la verdad que intento persuadir:

No hay amor en las selvas con ventura,

disfrazo otra más alta; ésta es aquella gran sentencia de san Gregorio: *Nec castitas magna est sine bono opere, nec aliquod opus bonum est sine castitate* (D. Greg., *Hom. in evang.*, 13), que quiero dar á entender cuando digo:

..... unirse mal procura
Lascivo el ocio á la fatiga honesta;

y así, introduzco á Anaxarte, casta, pero blasfema con sus dioses; á Prócris, aunque más religiosa, enemiga de la castidad, y ambas castigadas con trágicos fines.

Sólo resta, oh lector, advertirte que el callar mi nombre (1) no lo tengas por mera modestia.

¡Siglo fuera en que tuviera vanidad en publicarlo! Pero no soy tan hipócrita, que venda por virtud lo que solamente ha sido un ardid desultorio (2), para que algunos (no digo todos), literatos sólo en la facultad que profesan, sabiendo que la mía es de más sagradas ocupaciones, no desprecien abiertamente mi nombre con la obra, ó porque no distinguen que éstos son propiamente ocios, en cuya amenidad respira fatigado el ánimo de las arideces de otras ciencias, ó porque imaginan que el tiempo que se consume en ellos impide é inhabilita para los progresos en aquellas serias ocupaciones; pero á los tales responde dignamente Julio César Scaligero en un pasaje singular (3).

Finalmente, si, demasiado tétrico, desprecias estos versos por flores inútiles, no te digo yo que sean frutos sazonados, y más de una juventud que cuando los produjo no contaba cinco lustros; pero si te avisaré que

*Hæc, si displicui, fuerunt solatia nobis,
Hæc fuerunt nobis præmia, si placui.*

(Martialis epig.)

ÉGLOGAS VENATORIAS.

EL ADONIS.

ÉGLOGA PRIMERA.

ANAXARTE, PRÓCRIS.

Las selvas describía enmarañadas,
De estruendos venatorios impedidas,
No ménos que de amores fatigadas;
El vicio y la virtud en las reñidas
Deidades, si apacible, no molesta
La verdad en las fábulas mentidas.
Vencido aquel y victoriosa ésta

(1) Porcél intentaba publicar su poema con el seudónimo *El Caballero de los Jabalies*, que adoptó en la Academia del Tripode.

(2) *Desultorio*, que se denuncia á sí mismo.

(3) Jul. C. Scalig., in prolog. ad *Poetic.*, versus finem. El pasaje empieza así: *Non sunt audiendi qui, etc.*

En el tiempo; que unirse mal procura
Lascivo el ocio á la fatiga honesta.
Poblada de escarmientos la espesura,
Porque, su casto límite violado,
No hay amor en las selvas con ventura.
Este, pues, ocio dulce, que ha alternado
Con más dignos afanes, solicita
Tu ocio, oh ilustre Conde (4), y tu sagrado;
Si ya no el que glorioso te ejercita
Afan en una y otra real escenela,
Humildes atenciones te limita;
Si ya no aplicas la dorada espuela
Al generoso bruto, que, obediente
A la maestra mano, el circo vuela;
Si ahora no bebes de la culta fuente
(Nieta de la cabeza de Medusa)
Que el laurel te retrata de la frente;
Si, en fin, el que la atiendas no te acusa
La musa heroica, que inmortal te aclama;
Oye esta vez mi venatoria musa,

Mientras que llega el tiempo que á la fama
Dé yo de tu ascendencia gloriosa
El tronco real, sin olvidar la rama.
Oyela; que si en selva espaciosa
Mi *cerdoso animal* huirse pudo
De su acerada pluma, no dichosa,
Más felice será si en el no rudo
Bosque de tanto tronco esclarecido
Consigue el león régio de tu escudo,
De su poder valiente defendido,
Blasones desdeñando, cuya gloria
Mientras que soy mortal daré al olvido.
A mi enemiga suerte la victoria
Quitaré, y al rumor de tus piedades,
Escucharán los siglos mi memoria.
Las blancas desataba ancianidades
De los montes el sol, y renacía
A la primera de sus cuatro edades,
Nuevo fénix, el año, pues vestía,
Si varias plumas no, de hojas y flores
Vario esplendor, que dibujaba el día;
Cuando en Chipre, mansion bella de amores,
Cuyas selvas Diana áun no perdona,
Seguían de la caza los errores,
Prócris, que de su dardo fiel blasona,
Y Anaxarte, que ilustre es por la aljaba,
Las dos envidia bella de Helicón.
Anaxarte los triunfos desdorbaba
Del amor, su desden anteponiendo;
Las glorias del amor Prócris cantaba;
Cuando en la ardiente siesta, concediendo
Treguas á la robusta montería,
Bajaban dulcemente compitiendo,
Cuyo amebeo canto así decía:

PRÓCRIS,

A aquel que no desea
Del amor la suave tiranía,
No así le lisonjea
La llama en que se abrasa el alma mía;
La llama que saldrá del pecho tarde:
¡Tan dulcemente en sus cuidados arde!

ANAXARTE.

Tan cruelmente en sus cuidados arde
Quien de Amor atrevido
Fía, inocente, el corazón cobarde,
Que siente sin sentido.
Si las glorias de amor traen estos daños,
Mal hayan sus engaños.

PRÓCRIS.

Bien hayan sus engaños,
Si con ellos Amor dulce entretiene
El ocio de los años;
Pues generoso espíritu no tiene
Aquel á quien sus flechas no le inflaman;
Que arden los dioses, y los dioses aman.

ANAXARTE.

Que arden los dioses, y los dioses aman,
(4) El Conde de Torrepalma, don Alonso Verdugo y Castilla, á quien Porcél dedicó el poema.

Sacrilegio es, que lloro;
Cuando Amor en los brutos, que lo infaman,
Gasta sus flechas de oro.
¡Oh, no así, ciego dios, confundir quieras
Los dioses con las fieras!

PRÓCRIS.

Los dioses con las fieras
Reconocen de Amor el vasallaje,
Glorias tuyas primeras,
Pues no es del alto Júpiter ultraje
Que pendan de sus leyes y estatutos
Las deidades, los hombres y los brutos.

ANAXARTE.

Las deidades, los hombres y los brutos,
De Júpiter veneran
El dominio, de cuyos atributos
Todo su bien esperan;
Pero de Amor ¿qué bien? Ansias, desvelos,
Agraviados, rabias, celos.

PRÓCRIS.

Agraviados, rabias, celos
Son del Amor preciosa pesadumbre,
Por cuyos desconsuelos
Se escala de la dicha la alta cumbre;
Porque ¿quién deberá a la suerte amiga
Dicha que no le cueste una fatiga?

ANAXARTE.

Dicha que no le cueste una fatiga
Ninguno juzga buena;
Que no es durable el bien que no se siga
Por premio de una pena;
Mas son de amor las sinrazones tales,
Que por un solo bien piden mil males.
Y así, pues tanto elogio cede en vano,
Y es justa contra Amor la queja mía,
Prócris, no ensalces más a ese tirano.

PRÓCRIS.

Neciamente obstinada en tu porfía,
Teme al Amor, que es dios; no su ardimiento
Castigue tu sacrilega osadía.

ANAXARTE.

Añosa encina, a quien en vano el viento
Agite, a las de Amor dulces querellas
Seré, ó roca en el mar, de eterno asiento.

PRÓCRIS.

Injurias el poder de las estrellas,
Si ya no es, oh Anaxarte, que el castigo
En tu dureza te previenen ellas.
Y si pisas de Chipre el suelo amigo,
Que da a Vénus altares, considera
Que es suyo, de su hijo el enemigo.

ANAXARTE.

Yo, aunque en Chipre bebí la luz primera,
Cual ninfa del Taigeto fatigosa,
De Diana la ley guardo severa.
Discurriendo las selvas presurosa,
No guardó fiera de mis leves puntas,
Por más que huyó veloz, la piel hermosa.

PRÓCRIS.

Si en opiniones no, en tareas, juntas
Chipre nos tiene, pues también ligera
Vago yo por las selvas amatuntadas.

ANAXARTE.

Selvas de Chipre busque quien venera
A la hija del mar y al nieto alado;
No del sagrado Eurótas la ribera.

PRÓCRIS.

Yo por Chipre mi Aténas he dejado,
A Erecteo, su rey, a Critia hermosa;
Esta mi hermana, aquel mi padre amado.
Hasta las aras de la chipria diosa
El voto me condujo que poseo,
Pues de Céfalo soy amante esposa.
Ni injuria de Diana el voto creo;
Que amar no es de una oréade desdoro,

Si es casto, y no sacrilego, el deseo.
Y aun agravada su deidad ignoro,
Pues para que a mi Céfalo le cuadre,
Me dió este dardo, cuyo extremo es de oro;
Y este manchado perro, cuyo padre
Fue en los montes de Creta celebrado,
Como en Lacedemonia fué su madre.

El uno y otro dón es envidiado:
El dardo es siempre inevitable; el perro
Es de nariz sagaz, de piés alado.

Ayer lanzó las sombras al destierro,
De la luciente aurora el fuego rojo,
Cuando una tigre en lo alto de aquel cerro
El sabueso me alcanza, el dardo arrojo,
Con él su muerte, y de la piel manchada
Mi espalda cubrirá el feliz despojo.

Ni há mucho que a una cierva, que alcanzada
No fué del viento, le aferró sus plumas,
En el lomo mi flecha atravesada.

Ligera huyó por eminencias sumas,
Y por si llega en su fatiga ardiente
A beberse su sangre en las espumas,
Dirigi el paso errante hácia esta fuente,
Que, de esos verdes troncos desatada,
Espejo es de ellos mismos transparente.

Conoce ya, Anaxarte, cuán errada
A las selvas de Chipre, maliciosa,
Me destinas, por verme enamorada.

Contra tí es tu opinion más injuriosa:
Selva de amor, a quien sus flechas de oro
Bárbaramente ultraja, es peligrosa.
Más digno de tí fuera y tu decoro
Por las cumbres del Ménalo ó Taigeto,
De Diana seguir el casto coro.

ANAXARTE.

No sé si de mis hados es secreto
Que ninfa, ni de Vénus, ni Diana,
Ofenda de ambas diosas el respeto.

De un Ifis, cierto jóven, cuya vana
Porfía dignamente se querella
De mí desden, si ya éste no le ufana,

Recibí aquel lebré, a quien la estrella
Con negros rayos dora la ancha frente,
Como otras negras manchas la piel bella.

El dón precioso ponderó altamente;
Pero conmigo el celebrado perro
Ni acosa fiero, ni aun las ramas siente.

No proporciona tiro que no yerro;
Y ayer huyó, rompiendo los cordeles,
De un oso que bajaba de aquel cerro;

Cuando antes, de mi puerta en los dinteles,
Sus años el venado descubría,
Y en mí la tigre sus manchadas pieles.

Bajo de aquel peñasco ayer dormía,
De vencer tanto monte fatigada,
Si ya para mí el monte fieras cria;

Y el sueño (¡oh contra mí deidad airada!)
Me mostró a mí sin mí (no sea el agüero
Constante), en el peñasco transformada.

Con todo, en tí mayor el riesgo espero;
Que en el precioso dón que ostentas vana,
Se puede disfrazar tu fin postrero.

No sé qué hado se envuelve. De Diana
Quien ajaba su ley, más merecía
Que los dones, la ira soberana.

Mas, pues el ruido de esta fuente fria,
Que al día aplaude, si a la noche asombra,
Del viento y de las aves la armonía,

Y el blando suelo sobre verde alfombra
Descanso ofrecen, mientras los sabnesos,
Carleando, buscando van la sombra,

Nosotras de estos álamos espesos
Goceamos, Prócris, el opaco frío;
Prevendré de tus hados los sucesos.

Ni será emulación del genio mio:
El que tus dichas disuadir procura,
Es de tu mismo amor el desvario.

Enamorada ninfa, ¿la espesura
Sacrilega frecuentas? ¿Quién tal osa?
No hay amor en las selvas con ventura.
Siendo los bosques de Diana hermosa

En sus jurisdicciones sin castigo,
No ha de admitir a Amor la casta diosa.
Presumes que piadosa fué contigo,
Y fué con Vénus inmortal severa?
Eseucha; que a decirte lo me obligo.

PRÓCRIS.

Si es de Vénus y Adónis, bien quisiera
De su historia saber el triste cuento,
Que ignoro, como en Chipre forastera.

ANAXARTE.

Logrará tu atención un escarmiento,
Y yo que no me acuses que infielmente
Maldigo a Amor, y sus aplausos siento.

PRÓCRIS.

De tus labios mi oído está pendiente.

ANAXARTE.

En Chipre, isla famosa, alegre asiento
De la hija bella de la espuma, donde
Tempe hermoso, que luce, Arabia, que arde
En humos suavísimos, esconde
Los que le erige Safo altares ciento,
Cuando del voto en repetido alarde,
Lascivamente religiosa, ofrece
Del Amor, que aborrezco, las fatigas,
Cuyas campañas Ceres enriquece
De sus rubias espigas,
Y a cuyos amenisimos pensiles
Debe Amaltea todos sus abriles,
Coronada de bárbaros escollos,
Donde legítimo tal vez sus pollos
De Júpiter el ave,
Si toda ella no es escollo grave,
No de ruda aspereza,

Sino de la amenísima belleza
Que Narciso consulta, prodigioso,
Del mar Panfilio en las azules ondas;

En este, pues, hermoso
Recreo aun de los dioses inmortales,
Incendio Adónis de sus ninfas era,
Cuyo dulce gemido,

Que el ingrato garzon oír no espera,
Liquidaba en ternisimos cristales
Las duras piedras de sus grutas hondas;

Entonces, pues, exento
(Y nunca más feliz) de las injustas
Blandas fatigas del traidor Cupido,
Las del monte robustas

Solicitaba con gallardo aliento.
Un día, que, de un can acompañado,
De rica aljaba y de venablo armado,

A sus redes los ciervos agitaba
(Si bien aun perdonaba
Los fieros peligros animales,
Cuyo encuentro, a pesar de su osadía,
Leucipe, su nutriz, le prohibía),

Llegó, de sus errores conducido,
A una floresta, cuyo sitio ameno,
Por la espesura opaca defendido,

Niega el calor y desconoce el día.
Banda de cristal era transparente,
Que atravesaba el florecido seno,

Un arroyo, que, en líbrico desvío,
Es arroyo, era fuente y será río.

No bien el ignorado
Principio investigó de la corriente
El bello cazador, cuando, asaltado
De la mayor ventura, no prevista,
Rémora de sus pasos fué su vista.

A la margen del músico arroyuelo,
Rústico pabellón, culto bosqueje,
Hacia el licencioso maridaje

De las confusas hiedras con los troncos,
En cuya fresca estancia,
De donde ahuyenta las ardientes horas

La aura sutil con susurrante vuelo,
Tortolillas se esconden gemidoras,
Que con arrullos roncos

Alternan en confusa consonancia
De alegres pajarrillos,

Que en sonoro tropel se competían;
Los que aun no enmudecían,
Solicitos alados cupidillos,
Con el dedo en la boca defendiendo
La quietud con que olvida penas graves,
A la apacible sombra, al sordo estruendo
Del cristal, de las hojas y las aves,
Durmiendo dulcemente
Ninfa hermosa (según el jóven piensa),
Que el delicado cuerpo transparente
Deja, ó por más descanso ó más decoro,
Sobre un cojín de púrpura y de oro.
A Aeteon temerario, nada expuesto
El sitio, y el calor, que le dispensa
Todo ropaje desechar molesto,
Verle permiten al garzon curioso
La mayor parte de su hermosa nieve,
Helado fuego que su vista bebe;
Cuya ambición sedienta no saciada,
En el alma abrasada

Produjo un dulce afán, con que suspira
Cuanto más la contempla y más la mira.
Y en el pecho, hasta entonces orgulloso,
La herida del amor fué tan oculta,
Que, sintiendo el dolor, como no usado,
Hasta el nombre ignoró de su cuidado.

Viendo, pues, que el prolijo sueño indulta
El que él mismo condena atrevimiento,
De sitio se mejora, y más se llega;
Porque, cuanto es su voluntad más ciega
Y su vista más lince, inadvertido,
Dar quiere toda el alma en un sentido;

Pero al no comedido movimiento
(Que más que leyemente
Las ramas sacudió), la ninfa bella
Despierta, y en el lecho incorporada,
Aun presa en soporífero beleño,
Con uno y otro dedo transparente
Tocó en sus ojos, ahuyentando el sueño.

Luego al placer y al mundo recobrada
(Cielo animado y breve su hermosura),
En la una y otra luminosa estrella
Abrió dos soles, que al garzon amante
Deslumbraron, su vista no bastante
Al duplicado día,

Con que se esclareció la selva obscura.
Mientras que los amores convocaba,
Con las hermosas manos deshacia
Las rubias trenzas por el blanco cuello,
Que en varios giros sueltas poner quiso,
Perfiles de oro, en alabastro liso;

Y en el semblante bello
Mezclados los carmines y candores,
Flores daba a la luz, luz a las flores.
Adónis adoraba silencioso,
Con veto aun de su afecto no entendido,
La divina hermosura,

Que no juzga de ninfa semidiosa
Ni de aquel triste suelo;
Pues siendo de la esfera su luz pura,
Y su voz dando celestial sonido,
Bañado el aire en ambrosia del cielo,
Si no es la chipria diosa,

Vénus habrá de ser menos hermosa.
De sacrilego entonces acusando
Su ardiente anhelo, que al respeto cede,
La fuga solicita, mas no puede;
Porque, la planta tímida luchando
Con los rebeldes ojos, que rehusan
Dejar el espectáculo suave,

Huir quisiera, pero huir no sabe.
Así temía, así dudaba, cuando,
A pesar de las ramas, que lo excusan,
El can, hasta allí mudo,
Contra incierto rumor embravecido,
Descubrió al cazador allí escondido.

Al improviso estruendo,
Guiar dejó sus pasos de su oído
La ninfa bella, y viendo
Al garzon, que no pudo,
A sus plantas rendido, encontrar modos,
O para sus excusas, si se piensa

Culpado, ó para declarar, amante,
 Alguno, cuando no sus males todos;
 Ella, con humanísimo semblante,
 Que aun mayores delitos le dispensa,
 De sus piés á sus brazos lo levanta,
 Y deponiendo más lo soberano,
 A la suya enlazó su blanca mano,
 Y al sitio lo condujo delicioso
 Que al jóven le guardó ventura tanta;
 Donde sentados, ella confundiendo
 Con afable esquivéz el ceño hermoso,
 Como quien para deponer lo esquivo,
 Que aun fingir no quisiera,
 El ruego sólo del amante espera;
 Mañosamente al jóven fué motivo
 De que, rudos temores desechando,
 Redujese su amor de aquel secreto
 En que lo acobardaba su respeto.
 Méenos cobarde ya, más atrevido,
 Era con dulces iras contenido
 De la que, no negándose obligada,
 Se iba ya confesando enamorada;
 Hasta que olmo, feliz por lo abrasado,
 Si Alcides es Amor, á él consagrado,
 Y ella vid, en halagos floreciente,
 Para que estrechamente
 Recíprocase los suaves lazos,
 Pámpanos de cristal, le dió sus brazos,
 Entónces los errantes
 Licenciosos cupidos,
 Dando al viento en sus alas mil colores,
 El improviso tálamo coronan,
 Y mientras pajarillos ciento entonan
 Dulces epitalamios, no entendidos,
 De sus carcajes ellos á porfia
 Flechan sobre los dos chiprios amantes,
 De cuantas fértil aura engendró flores
 En las selvas de Chipre deliciosas,
 Alhelies, mosquetas, lirios, rosas.
 Asi Adónis, que habia
 Triunfado del Amor, fué el más dichoso
 De su aljaba trofeo;
 Pero, aunque así, vencido y victorioso,
 Coronaba de gloria su deseo
 El venturoso amante,
 De su dicha mayor quedó ignorante,
 Pues si bien sospechaba
 Que era deidad sublime, porque en esta
 Desconfianza ruda,
 Aun lo hacia feliz la misma duda,
 Casi á las evidencias se negaba.
 Era, pues, la que ninfa juzgó hermosa,
 O rústica deidad de la floresta,
 La blanda madre del Amor tirano,
 Que el coro de los dioses soberano
 Dejó, del garzon chiprio enamorada,
 Y quiso, con cuidado descuidada,
 A aquel casual encuentro en la espesura,
 Facilitarle su mayor ventura;
 Pero, aunque digno al jóven considera,
 Atenta á su decoro, le recata
 Su deidad por entónces, pues humano,
 Aunque la envidia de los dioses era,
 Quizá de una vez sola no pudiera
 Embeleso sufrir tan soberano;
 Y así, el mayor indicio le dilata,
 Que en sus dudas le alumbra,
 Hasta que á sus favores se acostumbre,
 De este modo tambien era trofeo
 De su hijo la madre, tan rendida
 A Adónis, que impaciente su deseo,
 Con la edad detenida
 En periodos precisos, su cuidado
 Fué, y tormento prolijo,
 Aun desde que nació póstumo hijo
 De una desgracia y de un delito feo.
 Nació hermoso, infeliz, bien que amparado
 Del que le arrulló dulce, infante tierno,
 Entre sus brazos, de las gracias terno;
 Porque así de las ninfas granjeára,
 Con la precisa lástima, el cuidado,
 Que le educó fielmente;

Y aun el piadoso empleo
 Diosa hubo que envidiára,
 Pues con él (bien que entónces inocente),
 Nació de Vénus el fatal deseo.
 Niño, pues, en sus brazos regalado
 Tal vez le tiene la Ericina diosa,
 Y él con la tierna mano cariñosa
 Y gestos halagüenos,
 Vagando de su pecho por la nieve
 Y por la cara hermosa,
 En la boca, de dulce risa llena,
 Tal vez la detenía,
 Como que sus caricias pretendía.
 Licencioso se atreve
 Con los dedos pequeños
 A asirle á Vénus los purpúreos labios;
 Y ella, aunque diosa, de su mal ajena,
 Con ambiciosos besos lo fatiga,
 Porque así dulcemente lo castiga
 Los atrevidos, que apetece, agravios;
 Pero insensiblemente,
 Aun con su madre fiero,
 El otro hijuelo alado
 (Si ya Adónis no pueda ser primero;
 Más no pudiera ser tan insolente,
 Si bien fué más hermoso);
 Aquel, pues, engañoso
 Produciendo en la madre iba un cuidado,
 En cuanto blandamente
 Leve en el corazon le puso fuego,
 Que escándalo fué luego.
 ¡Oh principio inocente
 Del amor! ¡Cuánto así ha tiranizado
 Tu engañosa osadía!
 ¡Oh, bienaventurado
 Quien de tí no se fia!
 Tú, monstruo lisonjero,
 Del Nilo en las riberas
 Te querellas primero
 Con voces lastimeras;
 Y el ménos descuidado caminante,
 De tu llorosa crueldad (confusa
 Con tu lamento fiero)
 Aun se fia, ignorante,
 Y de sus pasos la tardanza acusa;
 Pero, despues que lastimosamente
 De tu engaño su vida es inocente,
 Maldice su piedad, que apresurado
 A morir lo traía.
 ¡Oh, bienaventurado
 Quien de tí no se fia!
 Tú, engañosa sirena,
 Con músicas halagas
 Al inconsiderado navegante,
 El que, para que tú, traidor, te hagas
 De sus despojos, de su vida, dueño,
 El veneno se bebe resonante
 Con ambicioso oído,
 Hasta que tarde llora, sumergido
 Su lastimado leño,
 Que en vano besa ya tu infiel arena;
 Porque, monstruo de plumas escamado,
 Nieto del mar, aun no te conocía.
 ¡Oh, bienaventurado
 Quien de tí no se fia!
 Tú, áspid entre flores escondido,
 Que, de inocentes manos aprehendido,
 Aun siendo nieve fría la que prende,
 Con el veneno el corazon enciende,
 Pues así, de los celos irritado,
 Eres áspid que abrasa cuanto enfria.
 ¡Oh, bienaventurado
 Quien de tí no se fia!
 Tú, acero refulgente,
 Con cuyo filo agudo
 (Si breve rato pudo
 Cualquiera, aun no sin miedo,
 Probarte en duro cútis blandamente)
 Al descuido menor se corta el dedo,
 Y al verse ensangrentado
 Maldice su porfia.
 ¡Oh, bienaventurado

Quien de tí no se fia!
 Tú, en fin, tú, fuego alevé,
 A quien blanca ceniza disimula,
 Cuando el viento la mueve
 (Que aun no la agita leve, si la adula),
 De improviso se irritan sus centellas,
 Y bárbaro, aun se atreve á las estrellas,
 ¡Tal fuego disfrazado
 Por la ceniza fría!
 ¡Oh, bienaventurado
 Quien de tí no se fia!
 ¡Oh, qué ciegos que sois, tristes mortales,
 Que un bien sollicitais que han infamado
 Sin número de males!
 Yo no, Amor, porque ya te conocía,
 Que eras, aun cuando halagas, lisonjero
 Cocerilo, sirena, áspid, acero
 Y fuego simulado,
 En quien la sacra esfera arder podía.
 ¡Oh, bienaventurado
 Quien de tí no se fia!
 Apenas se media
 Con años seis, de Adónis la estatura,
 Cuando logró con éstos
 Edad de perfecciones su hermosura.
 Los miembros bien dispuestos
 Eran de hermosa, aunque robusta nieve,
 En cuanto su pequeña edad le debe;
 Blandamente robustos son sus brazos,
 De los que el bosque guarda ya mil lazos;
 La orgullosa garganta
 Del grueso y ancho pecho se levanta,
 La que suben formando
 Cándidas rosas de alabastro blando;
 La barba, hermosamente bipartida,
 Deseos incitaba,
 Porque aun no es de la edad oscurecida;
 Hojas, por donde el ámbar respiraba,
 Eran sus labios gruesos,
 Del carmin dos excesos;
 Carmin que en las mejillas no excedía,
 Porque la nieve no le permitía,
 Confundiéndose dulcemente en ellas
 El carmin con la nieve;
 Siendo duda no leve
 Si es púrpura nevada,
 O nieve purpurada;
 Porque del vario rosicler confuso
 Se encendiesen más bellas,
 La nariz descendía, delicada,
 Del intermedio de las dos estrellas
 (Tales brillaban sus vivaces ojos),
 Que de los arcos de oro de sus cejas
 Flechaban contra las etéreas salas
 Mil luces, si de Vénus mil enojos;
 Y á Júpiter los dioses dieron quejas,
 Porque á Cupido no quitó las alas,
 Y en Adónis las puso,
 O que á éste, aun en el bosque, niegue el uso
 Del arco de marfil y flechas de oro
 (Del ciego dios decoro),
 O que su despejada alegre frente
 Serenidades del amor no ostente,
 Y más cuando sobre ella,
 Preciosos embarazos,
 De sus cabellos los dorados rizos
 Tendieron tantos lazos,
 Cuantos para una y otra ninfa bella
 Prepararon hechizos.
 Este, pues, de las selvas embeleso,
 Cupido ya travieso,
 Si Adónis no insolente,
 En un valle apartado,
 A su edad inocente,
 Divertía con otros cupidillos,
 Engañando los simples pajarillos,
 Que de algun ramo de ellos agitado,
 De un arroyo á la margen se volaban,
 Y en la liga falaz que puesto habian
 Tenazmente se asian.
 Chillan las avecillas, sacudiendo,
 Por desasirse, las pequeñas alas;

I, Ps.-XVIII.

Y al ruido corriendo,
 A una pintada jaula encomendaban
 Su trabajo sencillo.
 De éstos, pues, un pintado pajarillo
 Sujeto á un hilo Adónis, que ligero,
 Si engañado, volaba
 Cuanto la débil cuerda permitía.
 Adónis se alegraba,
 Y el hilo retraía;
 Mas viéndolo en la yerba lastimero,
 Segunda libertad le concedía
 (Libertad engañosa);
 Y cuando la avecilla, presurosa,
 Segunda vez al viento se dilata,
 Gavilan que la acecha, la arrebatada,
 Y en sus garras chillando, se la lleva.
 Adónis se entristece,
 Y en el semblante gemebundo crece
 El sentimiento tanto,
 Que, difundido en inocente llanto,
 Corre con pié ligero,
 Y á la náyade cuenta, que lo cria,
 De su pájaro el caso lastimero.
 «Amada (ella le dice) prenda mia»;
 Y con la blanca mano le desvia
 Los sudosos ricillos de la frente,
 Y los llorosos ojos blandamente
 Le enjuga cariñosa.
 «A otra aurora la liga pegajosa
 Te detendrá otros pájaros más bellos;
 Y viniendo con ellos
 (Perdona el tierno lloro),
 En jaula que te guardo yo, de oro,
 Estarán encerrados,
 Porque libres del pájaro insolente
 Halles, cuando tú quieras, tus cuidados;
 Y si despues brioso,
 Mucho más generoso
 Ejercicio en las selvas juntamente
 Con tu robusta edad venir se espera
 (Esperanza no vana),
 Ninfa que un tiempo fué mi compañera,
 Y ahora el coro sigue de Diana,
 Traerá entónces (así lo prometía,
 A solicitud mia,
 Y yo te lo prometo)
 Tres veces dos sabuesos, que instruidos
 En las fragosas cumbres del Taigeto
 Serán, y desde luego conducidos.
 Yo con estudio, en que á Minerva imploro,
 Porque nunca de Aracne temo el hado,
 Variamente historiado,
 Te bordo un cinto de oro.
 Un venablo tendrás tambien inciente,
 Que del grande Acteon fué dón precioso
 A Oreade, que amaba;
 De ésta tambien el arco sinnoso,
 Que la flecha que arroja errar no sabe,
 Y de marfil la aljaba,
 Con las saetas grave.)
 Y con tanta esperanza,
 Que aun no advertidamente
 Mil vaticinios de su edad alcanza,
 Despues de dulcemente acariciado,
 Y con traerle aprisa
 Un pequeño carcaj que le ha enviado,
 Hurlándolo á Cupido,
 La alta deidad de Gnido,
 Se alegró Adónis tanto,
 Que interrumpió su llanto
 Con inocente risa.
 Si el hombre no pasára
 Del primer lustro, Prócris, yo le amára,
 Pues en sus breves años considero
 Aquella edad dorada
 Que vistió al mundo del candor primero.
 Mas ¡oh engaño! ¡oh ficción mal adorada
 De las gentes! ¡oh hombre siempre fiero!
 Tu inocencia mentida
 Traidor es lecho, donde
 Con la razon se esconde
 La malicia dormida,